

# Notas

## *TU ES PETRUS*

La Iglesia conmemora en Pentecostés, no la fecha de su fundación, sino la fecha onomástica de su piedra fundamental. Y en la hora cuando por todo el mundo triunfa el movimiento puro, o, como algunos lo llaman, la "revolución permanente", no está por demás el recordar esa imagen de la permanencia y de la construcción, no sólo como reflejo de la verdad de las cosas, sino también como esenciales al equilibrio del mundo, y como fundamentales al espíritu de la cristiandad. El sentido profundo del cristianismo auténtico es la comunicación de la gracia a la naturaleza, esto es, de la vida sobrenatural a la vida natural, de Dios al hombre por la mediación de Cristo. Ahora bien, la vida natural es movimiento y la vida sobrenatural reposo. Lo que pertenece al tiempo muda incesantemente y Heráclito tenía razón cuando veía la imagen de la vida en las aguas de un torrente. El yerro de Heráclito y de todos los sistemas filosóficos que de él derivan—inclusive los naturalismos, idealismos, evolucionismos, positivismos o panteísmos que hoy corren por el mundo en las alas del Tiempo— fue el generalizar a toda la realidad lo que pertenece solamente a una parte de ella.

Si lo que pertenece al tiempo muda por naturaleza y sin cesar, lo que pertenece a la eternidad no cambia y permanece invariable. Si las leyes profundas de la propia naturaleza son invariables, eso quiere decir que ellas no son creación del tiempo, sino de la eternidad. Si el tiempo dura, a su modo, eso quiere decir que no es hijo de sí mismo, sino producto de lo que dura, de todos modos, esto es, de lo que está más allá del tiempo. Si el tiempo fuera engendrador de sí mismo— como lo quieren las varias modalidades de las filosofías temporalistas— el propio tiempo no permanecería y llegaríamos a confundirlo con su negación. Lo que en el tiempo hay de constante es un reflejo de los orígenes supratemporales del propio tiempo y su futura reabsorción en el evo y en la eternidad. Si esto es válido para la naturaleza física, cuanto más para la naturaleza moral, único dominio de la vida sobreantural. Y ésta por esencia se sustrae a la acción del tiempo.

## Notas.

El hombre, por consiguiente, no es un ser sólo sobrenatural y su naturaleza está doblemente subordinada al tiempo por el hecho de haber sido creado, en el orden temporal y por haber decaído de su perfección original. Hé aquí el motivo por el cual en pleno corazón de nuestro ser, existe una dicotomía que es la fuente de todas las angustias y de todas las agonías consubstanciales, por así decirlo, al alma humana. Y, de un modo particular las almas regeneradas por el bautismo y que renacen para una vida intemporal, sin perder el contacto necesario, en cuanto viven biológicamente, con la vida temporal. Hay, pues, una doble simiente de angustia planteada en la propia esencia del hombre cristiano —la de vivir en el tiempo y no en la eternidad y la de tener una participación espiritual en la eternidad (por la gracia bautismal y su renovación sacramental), sin tener sueltos los lazos que la retienen en la imperfección terrena. La angustia es una consecuencia del estado de lucha incesante y natural entre la imperfección en que vive el hombre y la perfección a que siempre aspira o por lo menos puede aspirar. El espíritu católico, por consiguiente, no niega el tiempo ni desconoce las simientes de angustia que él trae necesariamente consigo: lo que él hace es corregir esa presión del tiempo y de la angustia, por la llamada a la vocación de la eternidad y por la posibilidad de su contacto con la eternidad por la vida vivida en unión con Dios por Cristo.

Uno de los rasgos que, al correr de los tiempos, ha caracterizado el espíritu de la herejía, esto es, el espíritu de desligamiento de la piedra fundamental de la cristiandad y la pérdida del sentimiento de la Iglesia, es el culto al espíritu de mudanza, o como hoy se diría, a la mística de la libertad pura. Ha sido ésta la razón profunda de todos los movimientos psicológicos y sociales que van agitando la cristiandad a través de todos los siglos sin excepción y que ha hecho el sufrimiento, la seducción y el peligro de todos los heresiarcas y heterodoxos. Hoy mismo, en una colección visiblemente tendenciosa, vemos aparecer en magnífica traducción de Fidelino de Figueiredo — y con un prefacio del mismo, que es una página admirable de evocación de anécdotas expresivas y de caracterización perfecta de Unamuno, que fue gran amigo de Fidelino— una de las obras modernas más típicas de ese espíritu de agitación continua y de insatisfacción permanente que es la fuerza y la tentación de las heterodoxías:

MIGUEL DE UNAMUNO.—La Agonía del Cristianismo.  
Traducción y prefacio del prof. Fidelino de Figueiredo.  
Series clásicas de cultura: "Los maestros del pensamiento".  
Bajo la dirección de José Pérez, Ed. Cultura, S. Paulo, 1941.

He transcrito adrede la indicación completa del libro, para corroborar la posición contraria en que me coloco ante este culto de la cultura, tan llevado y traído

en nuestros días. La cultura en sí no quiere decir nada, puesto que se presta a todos los caminos — cultura cristiana o cultura soviética, cultura humanista o cultura nazista, cultura nacional o cultura cosmopolita, cultura revolucionaria o cultura reaccionaria y todos los epítetos que se quieran. Ahí mismo, en esa colección, lo que se ve implícito es la equiparación de cultura y heterodoxia y por tanto de anticatolicismo. Es una colección cultural anticatólica. Y por lo tanto completamente contraria a lo que nosotros entendemos por cultura, que no puede ser disociada de la verdad.

Unamuno es, sin duda alguna, un gran genio literario y un admirable poeta, un extraordinario manejador del idioma español, un agitador de ideas como pocos y una expresión incomparable del espíritu moderno en su sed infinita de libertad y de individualismo, que dió lugar como se vió o se está viendo, a ese otro terrible aspecto del espíritu moderno — el socialismo más o menos integral, la negación de la dignidad del hombre, de su justa libertad, y de toda vida permanentemente vivida. La absorción del hombre por la masa, en los días de hoy, fue una consecuencia de la negación de la sociedad por el individuo. Y por eso mismo conviven, en nuestros días, los dos espíritus contradictorios — el máximo individualismo unido al máximo socialismo. La función suprema de la Iglesia, en los días que corren, en una de sus más importantes manifestaciones sociales, es superar esa lucha de los dos hermanos enemigos, por la victoria de la vuelta a lo humano, que consiste en el equilibrio natural entre personalidad y comunidad, equilibrio perdido o enturbiado por el triunfo de los extremos individuo-masa.

Unamuno fue la máxima expresión moderna de este espíritu de heterodoxia que, como lo acentúa Fidelino de Figueiredo en su magnífico prefacio, siempre fue fecundo en toda la península ibérica. La heterodoxia se distingue de la herejía por el hecho de que nunca trata de sistematizar su liberación. En este punto es mucho más lógica que el espíritu herético que niega la autoridad al desligarse de la Iglesia auténtica y tradicional, para reformarla o para iniciar nuevas iglesillas que expanden por el mundo la anarquía moral o el enflaquecimiento de la cristiandad frente a sus enemigos externos e internos.

La heterodoxia es el protestantismo de los católicos. Y por eso mismo se extiende en los países tradicionalmente católicos, porque ella es precisamente la infiltración del individualismo en el seno de una cristiandad unida por el dogma y por la disciplina jerárquica. La heterodoxia de Unamuno se manifiesta por la acentuación del espíritu de tragedia y de agonía no sólo en los cristianos sino también en el propio cristianismo. El libro máximo de Unamuno es "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos", de 1912. En él, con su espíritu tan típicamente español, se coloca (como en el romanticismo lo hiciera Musset) en el extremo opuesto al de Dante, exclamando: "Hay acaso goce mayor que acordarse de la miseria — y acordarse de ella es sentirla— en el tiempo de la felicidad?" (p. 252). La tragedia,

### Notas.

para Unamuno, no es una condición dolorosa en que nos colocan tantas veces las contradicciones de la vida, sino que es la única felicidad a la cual debemos aspirar. Ese amor sádico al sufrimiento es una de las notas características de su cristianismo sombrío y amargado que se coloca en oposición radical con todas las voces de la razón y del cuerpo. El orden sobrenatural, para Unamuno, es una contradicción con el orden natural. Nos encontramos en completa oposición con las enseñanzas de la Iglesia que nos dice al contrario que la gracia supone la naturaleza y que lejos de negarla, la completa. Ambos órdenes, natural y sobrenatural, son frutos de una misma fuente y tienden a un mismo fin. Entre ellos no hay oposición y apenas hay distinción. La condición natural del cristiano no es, pues, la del descuartizamiento, como lo quiere esa exégesis catastrófica del universo, sino la de la plenitud posible.

El sufrimiento, por tanto, es un medio de perfeccionamiento, y no un fin de complacencia. La heterodoxia de Unamuno no es solamente contraria a la enseñanza tradicional de los teólogos, ella es contraria a la propia naturaleza de las cosas y de los hombres.

Como es su culto a la agonía. Gran helenista y filósofo, como fue el genial profesor de Salamanca, es sabido que restituyó al término agonía su sentido etimológico de lucha. Y trató de la agonía del cristianismo no como fin del cristianismo, sino como lucha perenne de los cristianos consigo mismos y con el mundo. Fue durante su exilio en Francia cuando Unamuno escribió esos dos libritos impresionantes: "Agonía del cristianismo" y "Cómo se hace una novela", publicados por Jean Cassou en el volumen "Avant et après la révolution" (Rieder, 1928).

En ambos volúmenes, de una vitalidad extraordinaria y de un sello unamuniano inconfundibles, se revela la voluntad o el sentimentalismo agónico, el cual no es particular a la grande alma trágica de Salamanca, sino a muchos católicos contemporáneos que viven abatidos por las contradicciones del mundo moderno y alarmados con la posición de la Iglesia, de la cristiandad y de los católicos en el mundo del totalitarismo triunfante. Hoy mismo, tenemos al frente los artículos que Alvaro Lins ha escrito sobre "la agonía de los católicos" en el mundo moderno, y en los cuales —si bien encuentro puntos que estoy lejos de aceptar integralmente y otros que contradicen expresamente lo que en estas mismas columnas he sostenido o continué en sostener— veo una relativa ratificación al agonismo integral de Unamuno y una advertencia oportuna a los grandes peligros que corren los católicos por el camino del conformismo a los mitos triunfantes. Y particularmente al mito totalitario. No rechazo, entre tanto, como ya lo tengo dicho, el totalitarismo, sin distinciones. Entre Stalin y Salazar — extremos de la corriente— están Franco, Mussolini y Hitler, en

grados de intensidad creciente y de negación creciente —por medio de caracterizaciones específicas— de ese grupalismo cristiano que debemos oponer a los errores iguales y contrarios del individualismo democrático y del socialismo totalitario. Ahora mismo, estamos viendo el totalitarismo integral en lucha consigo mismo. La Alemania nazista está contando con un sector nacionalista del soviétismo, probablemente encabezado por algún discípulo o agente de Molotoff, que hace tres años reemplazó a Litvinoff, y que mañana podrá ser el sucesor de Stalin, puesto que fue el iniciador en Rusia, de ese patriotismo soviético que operó la aproximación, hace dos años, entre el comunismo y el nazismo — para realizar su dominio absoluto sobre Europa y mañana sobre el mundo. Hitler comenzó, en meses pasados, a escribir en el terreno lo que antes había escrito en el papel, en su famoso capítulo XIV del "Mein Kampf", cuando decía: "Nosotros hemos detenido la eterna corriente germánica hacia el sur y el oeste de Europa para volver los ojos a las regiones del este. Hemos puesto punto final a la política colonial y comercial del período anterior a la guerra y pasamos a la política territorial del futuro. Cuando pensamos hoy en nuevas tierras y en nuevo suelo en Europa, sólo podemos pensar, antes de todo, en Rusia y en los estados que la cercan... Nuestra futura política exterior no debe orientarse para el oeste o para el este (en el sentido de una alianza con Rusia o con Francia), sino que debe ser una política oriental (Ostpolitik) en el sentido de la conquista del suelo necesario para nuestro pueblo alemán". (Y no apenas como reza la pág. 558 de la traducción brasileña) (Mein Kampf, págs. 742—757). Lo que importa a Hitler, más que las afinidades o distinciones de los regimenes totalitarios, es el espacio vital, a cualquier precio, para su pueblo. Y su actual campaña en Rusia no será contra el comunismo ateo —como la propaganda de Goebels o de Gayda no dejará de acentuarlo para gozo de los conservadores y de los católicos timoratos del mundo entero— y sí por los campos de Ucrania y por los petróleos de Baku... Si estoy plenamente al lado de Inglaterra y de los Estados Unidos, en esta lucha más que homérica de nuestros días, es porque veo realmente en el totalitarismo integral y en la teoría del espacio vital puro (a la cual Pío XII acaba de oponer luminosamente la del "espacio vital familiar") una negación de todo espíritu cristiano, tanto en las conciencias como en las sociedades. Los escritores católicos ingleses y norteamericanos, con su admirable intuición del verdadero sentido de la libertad, han comprendido perfectamente ese aspecto de la lucha, que no afecta solamente las ambiciones imperialistas recíprocas, sino también el destino de la civilización cristiana, toda ella basada en la justicia y en la variedad, al paso que el totalitarismo se basa en la fuerza y en la uniformidad. Si rechazo la sentencia final de uno de los últimos discursos de Churchill: "juntos (con los Estados Unidos) salvaremos y guiaremos al mundo", es que no cierro los ojos, por otro lado, a los peligros del individualismo, de la maso-

## Notas.

nería, del empirismo, del industrialismo plutocrático, del racionalismo, que antaño descendieron desde Inglaterra sobre el mundo en el siglo XVIII y que provocaron exactamente la tragedia de nuestros días. Volveré en breve sobre el asunto.

*Tristao de ATHAYDE.*

(Tradujo: Lucrecio Jaramillo Vélez).



### LA VIDA DE LA FILOSOFIA

Invita a la reflexión esta falta de continuidad y de progresivo desarrollo del pensamiento filosófico, que contradice el prejuicio, tan difundido como arraigado, de un progreso incesante en todos los órdenes de la vida humana. Nos referimos, no al pensamiento que se halla solamente en los libros, sino al que vive, al que es pensado.

La ciencia es cada día más apta para cumplir su misión esencial, que es prever, de tal manera que es inconcebible que ella pueda progresar, en un momento dado, volviéndose al pasado. Sus adquisiciones se van acumulando, como las piezas de un tesoro. No acontece lo mismo con la filosofía pura y con lo que en el saber científico es filosofía, es decir, concepción de una realidad. Frecuentemente el pensamiento del maestro se empobrece en los discípulos, pierde contenido, amplitud y vitalidad, y hasta se desnaturaliza por completo. En tal caso, la filosofía puede evidentemente, renovarse volviendo a su origen, es decir, al maestro, como lo ha hecho tantas veces.

No es raro en filosofía, por otra parte, que se reactualicen antiguos problemas abandonados, y con ellos, antiguas doctrinas filosóficas, y que germinen y se desarrollen simientes dejadas por algún filósofo, que han permanecido infecundas durante siglos. ¿Quién no las ha encontrado al leer a Platón, Aristóteles, Plotino... y no han sentido la tentación: de hacerlas germinar? A veces un nuevo pensamiento filosófico no es sino una rama que brota de un árbol milenario, no de las últimas ramículas de éste, sino directamente del tronco. Es el caso de Bergson, en quien se prolongó el pensamiento del Neoplatonismo, tan impregnado de espiritualidad, en un ambiente intelectual tan opuesto a sus orientaciones esenciales, que no las percibió sino oscuremente. Tanto para Bergson como para Plotino, se cumplen en la realidad dos procesos graduales de sentido contrario: uno de descenso de la espiritualidad que es unidad y libertad, hacia la materialidad y la espacialidad que son multiplicidad y necesidad, y otro en dirección contraria. Para ambos, a los dos extremos del proceso co-

responden dos maneras diferentes de conocer; para los dos el tiempo es vida espiritual. En fin, tanto para el filósofo de Alejandría como para el filósofo francés, la filosofía es un ascenso hacia la espiritualidad. Si a pesar de la analogía de la concepción de la realidad de ambas filosofías, Bergson consideró la suya diferente de la de Plotino, es porque no ha visto que su duración es de la misma naturaleza que la eternidad del filósofo de las Eneidas, que entre ambas no hay sino una diferencia de grado. Hemos debido detenernos un tanto a justificar nuestra tesis siquiera sea esquemáticamente, porque la filosofía de Bergson ha sido definida con gran generalidad, por caracteres secundarios, que no patentizan su vinculación esencial con el Neoplatonismo.

Ocurre también que una filosofía no encuentra eco en la época que nace y debe esperar mucho tiempo para convertirse en una corriente del pensamiento. Es lo que aconteció con la concepción fenomenista, constituida por un agregado y una sucesión de fenómenos irreductiblemente heterogéneos entre sí, y por consiguiente, sin vínculo racional posible, sin identidad posible en el tiempo. Esta concepción renace en Kant, después en Comte y llega a nuestros días estrechamente vinculada al saber científico, pero siempre menos coherente que en Hume, en confusa penetración con la concepción substancialista de la realidad, es decir, con la concepción de la realidad formada por substancias que permanecen, idénticas en el tiempo, donde reina, por consiguiente, la racionalidad. Y hasta se ha llegado a decir no hace mucho que la ciencia debe ser alternativamente especulativa y positiva, es decir, que debe concebir alternativamente su realidad como formada por substancias y como formada por fenómenos (1).

Hemos visto ya que la ciencia, a diferencia de la filosofía, va acumulando sus adquisiciones. Añadiremos ahora un nuevo carácter diferencial vinculado a éste. La ciencia, si se excluye lo que ella tiene de filosofía, es una, la misma para todos. Sus querellas internas, frecuentes en el saber que no ha llegado a ser todavía completamente saber científico, terminan siempre en una solución aceptada por todos. En cambio, la filosofía es múltiple, florece al mismo tiempo en varios grandes sistemas, cuyas controversias se mantienen a través de los siglos, como si aquella quisiera aproximarse a su meta por múltiples caminos a la vez, múltiples y, al parecer, contradictorios.

El tema se presta para un largo desarrollo, pero lo dicho ya basta para formarse una adecuada representación de la vida de la filosofía. No es esta una acumulación continua de adquisiciones que se agregan a las precedentes, como ocurre en la concepción corriente e ingenua del progreso humano. La filosofía se despoja en cada verdadero filósofo de todas sus adquisiciones, hasta ser la conciencia dolorosa de una

---

(1) *L'Orientation actuelle des sciences* par J. Perrin, F. Langevin, G. Urbain, pág. 77.—Conferencia de G. Urbain.

profunda ignorancia, hasta no saber nada como Sócrates. En cada filósofo desciende al caos primigenio, vive de nuevo la incertidumbre angustiosa de las horas genesiáticas y se crea nuevamente a sí misma. Nace y renace sin cesar como la vida, para acometer de nuevo la misma empresa milenaria, por múltiples caminos. Se diría que sin cesar renacen los personajes de los diálogos platónicos, para tentar de nuevo todas las posibilidades del pensamiento humano, para ascender hacia la luz, contradiciéndose recíprocamente, por la trama sutil de sus diálogos incomparables.

Alberto ROUGES.



*LA CRISIS CONTEMPORANEA. — (Estudios sociales), por Gonzalo Restrepo Jaramillo.—Obra patrocinada por la Universidad Católica Bolivariana, de Medellín, Colombia. 1941.*

Señor Dr. Gonzalo Restrepo Jaramillo,  
Medellín, Colombia.

Mi estimado doctor y amigo:

Acabo de leer con creciente interés su obra "LA CRISIS CONTEMPORANEA", que usted tuvo la delicadeza de enviarme, dedicada con unas afectuosas líneas.

Realmente su obra aporta, a la vez que una crítica justa y precisa a la situación social-político-económica de una era liberal que fenece, las líneas generales de una reconstrucción, de una nueva política, de una nueva economía y de una nueva sociedad organizada de acuerdo a las exigencias de los principios de la filosofía cristiana.

Su libro es de una ortodoxia impecable. Usted no sólo tiene la ciencia de los principios; ha sabido también armonizarlos entre sí y darnos, a través de sus páginas, una síntesis exacta de la posición católica frente a los graves problemas de nuestra época. En el momento de confusión que nos toca vivir, en que no se puede atacar al totalitarismo sin ser tachado de liberal, o atacar al liberalismo sin serlo de totalitarismo, y en que no se puede reconocer ventaja y aporte alguno al fascismo o a la democracia sin que se lo embandere a uno en alguna de esas facciones, su libro es una luz —una más que se añade y une a las de Berdiaeff, Solovieff, Maritain, de Europa, y a la de Tristán de Athayde, del Brasil, y a la de nuestro veterano Monseñor Franceschi y a la de nuestros jóvenes escritores Meinvielle y Ruiz Guñazú, de la Argentina— que ayudará a mucha gente sincera a ver que la posición católica es tan antitotalitaria como antiliberal y que no tenemos por qué ni debemos enfeudarnos en uno de esos estrechos cuadros, que coartan y mutilan nuestros principios, ni adorar,

como decía ha poco entre nosotros el gran Pemán, esos ídolos del *liberalismo*, *racismo*, *totalitarismo*, etc., que los hombres adoran cuando dejan de adorar al Dios verdadero del catolicismo.

Sus páginas ponen de manifiesto cómo la crisis económica, política y social de nuestra época es la crisis del liberalismo y de la democracia liberal, iniciada con el protestantismo y continuada, en un proceso de descomposición, a través de la revolución francesa hasta nuestros días. Es éste un punto definitivamente adquirido después de los aportes de Berdieff, Maritain y demás autores antes citados y otros más, con los que usted coincide. Pero usted no se limita a repetir la crítica: ha sabido darle nuevo vigor y presentar facetas nuevas del complejo problema e impregnarla del sabor del terruño con aplicaciones concretas a su patria.

A la vez su obra es un llamado a reflexión a la juventud sana de su país y de América, para que no por huir del liberalismo se enfeude en un totalitarismo, cuyos principios envenenados y anticristianos ha desentrañado usted junto con los del comunismo en dos magníficos capítulos de su obra. Les hace ver a estos jóvenes, asqueados con razón de la democracia liberal y anhelantes de una solución drástica, cómo el advenimiento de ese régimen sería "echarse la soga al propio cuello", ya que su implantación podría acabar hasta con la posibilidad misma de la reconstrucción deseada. Algunas ventajas innegables del totalitarismo, como usted lo demuestra, no son debidas muchas veces al régimen mismo sino a las personas que lo ejercen, y en todo caso no compensan sus peligros y sus daños.

Pero su obra no es sólo de piqueta; al lado de su crítica usted estructura con toda claridad y fuerza la concepción cristiana de la sociedad y del Estado, su fin y sus relaciones con la persona etc. En esto usted no ha hecho sino exponer la doctrina de la filosofía cristiana, especialmente a la luz de las grandes encíclicas papales, que usted demuestra conocer a fondo y seguir con fidelidad. Pero aun aquí, las verdades ya conocidas han cobrado nuevo aliento y brillo bajo su comprensiva inteligencia.

Mas no basta someter la estructura de la economía y de la política a las exigencias cristianas: es menester la moral en los individuos que la viven. Cuando la mora sucumbe, las corruptelas penetran hasta en el mejor de los regímenes. Muy bien ha hecho usted, por eso, de añadir a sus reflexiones sobre la actividad político-económica, la necesidad de integrar toda la actividad humana, sin excluir las de ese carácter, a la "moral católica". Y digo a la "moral católica", porque como usted con muy buen acuerdo anota, es la única moral auténtica y eficaz.

Su libro no se detiene en la abstracción de los principios: los hace descender usted hasta proyectarlos sobre la realidad concreta, iluminándola con su luz para formular las normas precisas de la reconstrucción. La amplitud de su conocimiento de la economía política de Colombia, que usted posee hasta en sus más pequeños detalles, unida a la comprensión de los principios doctrinarios, lo han capacitado para esbozar en sus líneas generales un plan de reorganización ajustado a la realidad.

No ha dejado usted de tratar aspecto alguno fundamental de la compleja realidad contemporánea, especialmente en su país, y, según mi entender, no se ha apartado en un ápice de la más rigurosa ortodoxia católica y de las exigencias de la sana filosofía. No me refiero a las aplicaciones más concretas de su país, pues no puedo ser juez en un tema que no conozco sino a través de su obra.

*Notas.*

Por otra parte, el vigor y la vida de su concepción, trasuntada en la fuerza y limpidez de su prosa —rico marco de su obra, que en nada desdice de la gloriosa tradición literaria de su gran país— hace que el interés de la lectura de su libro no decaiga aun en aquellos pasajes de contextura más ideológica.

Por todo lo cual, deseo a su obra—como la mejor recompensa de su esfuerzo—una amplia difusión, en su país ante todo y también allende las fronteras de Colombia, porque no dudo que su lectura contribuirá al esclarecimiento y robustecimiento de la conciencia católica en los graves y trascendentales problemas de esta hora crucial del mundo, y especialmente para los pueblos hispano-americanos, que poseemos la mejor cultura que defender, acrecentar y expandir.

Con estos sinceros votos, mi apreciado doctor y amigo, me despido de usted afectísimo en Cristo,

*OCTAVIO NICOLAS DERISI, Pbro.*

La Plata, Rep. Argentina.